

## La fuerza de la esperanza

por Ute Craemer

Había una vez un niño que vivía en el cielo. Allí él descansó durante mucho tiempo y durmió. El brillo más intenso provenía del trono de Dios. Pero la luz brillaba con tanta intensidad que encandilaba y por eso el niño nunca se acercaba al trono de Dios.

Un día el niño se despertó, miró hacia abajo y vio algo terrible: nubes negras como el alquitrán, ondas violetas irisadas, el fuego luchando contra el agua, relámpagos que destruían casas, bosques en llamas; y en medio de ese caos, el niño vio a personas que trataban de salvar a otras.

El niño estaba tan asustado con todo lo que estaba viendo, que llamó a su Ángel de la Guarda y le preguntó: "¿Qué significa el caos que veo allá abajo? ¿Dónde está ocurriendo esa cosa abominable?"

- En la Tierra, fue la respuesta del Ángel de la Guarda.

- ¿Qué significa todo eso? - quiso saber el niño.

- Las personas que viven en la Tierra se separaron unas de las otras. Lo que estás viendo son las consecuencias de la discordia y del egoísmo de las personas que allí viven. Ellas están impacientes y quieren tener todo inmediatamente, y cada una piensa sólo en sí misma. Ves el resultado de esto: los bosques se quemaron, la tierra secó, los mares se contaminaron, los animales se están extinguiendo, los pájaros no pueden volar más, los peces desaparecen, y muchas personas viven en barracas miserables en la más cruda pobreza mientras otras viven en lindos palacios de piedra.

- ¡Esto es terrible!, gritó el niño. ¿Qué pasará?. Ellos morirán en esa pobreza, no habrá nada que comer, no habrá agua ni aire limpio, no habrá tierra fértil ni personas que se amen!

- Sí, le contestó el Ángel, parece que el final está próximo. Yo tampoco sé que ocurrirá. Preguntaré al Arcángel Miguel.

El ángel de la guarda fue hacia donde la luz brillaba con más intensidad, allí encontró al Arcángel Miguel y le dijo:

"El niño celestial me preguntó cómo se podría seguir viviendo en la Tierra".

El Arcángel le contestó: "Dile al niño que él debería dirigirse a la Tierra y luchar contra el caos. Si él lo hace yo estaré a su lado y lo auxiliaré. Yo no puedo derrotar solo al Mal; seres humanos deben ayudar.

El Ángel de la Guarda regresó y le contó al niño: "El Arcángel me dijo: si quieres salvar la Tierra, tienes que ir allá. El Arcángel Miguel te ayudará a luchar contra el Mal que encuentres. Él necesita tu ayuda para vencer al Mal.

- ¡En aquella oscuridad y caos! - gritó asustado el niño.

Sé valiente, respondió el ángel, no pienses demasiado sobre eso, sumérgete sencillamente en toda esa miseria, y el Arcángel Miguel te ayudará. ¡Ten coraje!

La luz de la medianoche cubrió al niño del cielo y él tuvo coraje. Entonces él empezó su jornada. En medio de la villa miseria, en una pobre barraca, nació un niño. Lo llamaron Sergio. Su madre se puso muy contenta cuando lo vio. Le parecía como si una luz envolviese su cabeza. Mas, cuando Sergio abrió los ojos, vio algo feo. Él no sabía que era aquello, pero su cuerpo empezó a dolerle y sintió dolores de estómago.

- ¿Dónde está la luz, dónde está el calor que me envolvía en el cielo?

Todo era feo, ruidoso, el aire era pesado, mosquitos zumbaban alrededor y ratones corrían por la habitación. Sergio empezó a llorar amargamente.

¿Qué pasará conmigo?

Entonces su madre llegó y lo alzó en brazos; él se sintió protegido. Y así creció.

Un día él notó algo terrible: una vez su madre desapareció durante horas. Él esperó y esperó y poco a poco fue perdiendo la esperanza de que ella volviese. Fue de este modo que se dio cuenta de que ella tenía que trabajar todo el día para poder comprar leche y comida para los hijos. Nadie tenía tiempo para él. Paulatinamente él se volvió rebelde, amargamente rebelde, de que su madre tuviese que trabajar todo el día para poder comer un poco de arroz y porotos a la noche. A veces él recordaba el tiempo maravilloso en que había estado en el cielo. Pero él se había olvidado completamente del Arcángel Miguel.

Un día, un niño de una barraca vecina le preguntó: ¿Sabes lo que hoy vi? Celebramos el día de San Miguel: San Miguel estaba allá, llevando la balanza del Bien y del Mal. Cada niño tomó un pedazo de cristal y lo puso en el platillo del lado del Bien. ¿Sabes que pasó? El platillo del Bien se puso pesado, mucho más pesado que del lado del Mal. Fuimos nosotros, los niños del jardín que hicimos eso, junto con el Arcángel Miguel.

Sergio quedó callado mientras escuchaba al niño. Un recuerdo iluminó su mente y él sintió enseguida: yo también quiero ir a aquella escuela. Al día siguiente habló con la maestra y desde aquel día él fue a la escuela todos los días. Muchas cosas de su pasado celestial, que había olvidado empezó a recordar. Cada día Sergio estaba más feliz y tranquilo. La luz alrededor de su cabeza empezó a brillar de nuevo. Con todo, él veía mucho Mal fuera de la escuela.

Había días en que él era todo luz y amor. Otros días él era como un toro salvaje. ¿Qué lo dejaba tan rabioso? Él mismo no lo sabía. Lo que él veía y oía no era como su pasado. Él veía personas que morían, otras eran asesinadas o maltrataban a las otras personas, él las oía maldecir o decir tonterías cuando estaban borrachas en los bares. Un día un ladrón llegó a arrastrarse por un agujero en la pared de su casa para robar comida. En las calles él veía accidentes y coches quemándose y en la televisión veía violencia.

¿Era eso lo que el niño había deseado para este mundo? A menudo la luz celestial se apagaba y su cara se oscurecía.

En la siguiente fiesta de San Miguel, él le dijo a su maestra:

"Me gustaría representar al príncipe y luchar contra el dragón."

- ¿Por qué, Sergio?, le preguntó la maestra.

- Porque quiero derrotar al Mal. Cuando sea grande voy a luchar contra el Mal.

Quando él dijo eso un rayo de luz brilló sobre su rostro. Y como un rayo él recordó: sí, es eso: estoy en la Tierra para luchar contra todo que veo que es feo y falso.

Después de decir eso, Sergio hizo un lindo dibujo del Arcángel Miguel matando al dragón con su espada.

Los años pasaron. Cuando Sergio tenía nueve años la vida en la villa había empeorado mucho. Las mujeres tenían hambre, los niños también. Muchos morían a causa de enfermedades como sarampión, pulmonía y disentería. Llegó de nuevo la época de celebrar el día de San Miguel. Las maestras empezaron a preparar la fiesta. Este era un festejo muy especial. Por primera vez en todo el mundo la fiesta ocurría en una villa miseria, en medio de pobres barracas. En el zaguán preparado para la fiesta todo estaba muy lindo. Flores dispuestas en espiral decoraban el piso de madera, velas iluminaban el zaguán y muy alto del techo pendía el Arcángel. Muchos niños de todas las edades, junto con sus padres, admiraban las flores y las velas. Las maestras cantaban, dándose las manos de dos en dos, pasaban por la espiral de flores, tomaban un cristal, salían de la espiral y ponían el cristal sobre el platillo del Bien de la balanza.

- ¡Cómo esto es lindo!- pensó Sergio.

De repente, se escuchó un tiro afuera. Era un bandido que vivía en la villa. Entonces todo quedó muy quieto y silencioso; la música continuó, y los niños siguieron poniendo los cristales en la balanza. Y el Arcángel puso la amatista en el platillo del Bien para que él pudiese vencer.

El festejo terminó. Todos se marcharon. Pero Sergio volvió al zaguán, miró hacia arriba, donde estaba el Arcángel y preguntó, pensativo:

¿Dónde está?

- Él se marchó.

- ¿Adónde se fue? ¿A la villa?

- Sí, se fue allá. Primero fue a la villa y después ascendió al cielo.

Durante la fiesta pedimos al Arcángel Miguel fuerza y luz. Necesitamos de esta isla de paz y de luz para soportar el mundo de miseria.

Sergio creció, entró en el mundo, cayó en los abismos, se perdió en la selva. Sin perder el coraje, escaló las montañas más altas. ¿Pero, de dónde venía el valor? A veces parecía como si él quisiese desafiar al mundo porque él no lo amaba; para él, que había venido del cielo, era demasiado malo, y demasiado feo. Pero a veces parecía que el Arcángel Miguel lo confortaba. ¡Prueba tu fuerza, tu habilidad y mantén el espíritu! A veces parecía

que él se hundiría en el vórtice de la vida y que jamás escaparía de ese infierno. Mas, cuando conseguía salir del abismo, la luz pura brillaba otra vez.

Muchos años más tarde, cuando Sergio ya era un hombre, regresó a la villa, donde había visto la luz del día por primera vez. Empezó a construir casas para las personas y les mostró cómo las casas debían ser amuebladas y dejarlas más lindas; y él les enseñó a amar. Daba atención especial a los olvidados: ancianos y lisiados, pero también a los delincuentes, drogados, bandidos y ladrones.

Un día Sergio falleció y regresó al cielo. El ángel de la guardia le preguntó:

- ¿Qué has traído de la Tierra?

- Traigo un regalo para el Arcángel Miguel, fue la respuesta.

- ¿Qué traes?

- Un plato repleto de pedazos de cristales para el platillo del Bien.

- ¿Cómo lo conseguiste?

- Traté siempre de comprender a las personas, amarlas, y no tratarlas mal. Nunca condené a nadie, añadió Sergio.

Sergio extendió el plato al Arcángel.

- ¿Nunca perjudicaste a alguien u obraste con falsedad?

- Sí, admitió Sergio, perdóneme. Aprendí con mis propios errores a entender mejor a las personas, a amarlas y a no condenarlas.

El Arcángel Miguel lo bendijo y puso los pedazos de cristales en el platillo del Bien de la balanza.

*Cuentos de Ute Craemer,  
fundadora de Asociación Comunitaria  
de Monte Azul  
San Pablo, Brasil*

*Leído por ella misma como cierre,  
de las II<sup>as</sup> jornadas de profundización,  
intercambio y acción, 29 y 30/8/2014  
I.S.F.D "Perito Moreno"  
y Red en movimiento de padres de escuelas  
Waldorf.  
Martínez - Bs. As. - Argentina.*